

**Actual (Mérida) (35): 103-124,
Enero - Marzo de 1997.**

LA DEMOCRACIA ATENIENSE Y LOS GENEROS LITERARIOS

**Francisco Rodríguez Adrados.
Universidad Complutense, Madrid, España.**

This paper is a conference read in the 13th. Symposium of Classical Studies in Argentina (La Plata, 1994). It shows how the most important literary Athenian genres appeared, developed and declined in relationship with the political and historical Athenian situation. The theater (tragedy and comedy), the historic prose, the philosophical dialogue and the oratory are expressed through formal elements inspired in a character proper to democracy, that is, proper to ideological confrontation. These genres also can be conceived as political and literary contributions in the search of solutions to the political crisis that rose in Athens at the end of V century B.C.

La relación entre democracia, de un lado, y literatura y pensamiento griego, de otro, es un tema de estudio susceptible de arrojar luz sobre toda la vida y el pensamiento de Atenas en este tiempo. Ha sido tocada con frecuencia en diferentes contextos. Yo mismo, en mi *Ilustración y política en la Grecia clásica*,¹ he estudiado conjuntamente la acción y el pensamiento en la época que nos ocupa. Ahora voy a aprovechar la oportunidad de este simposio para profundizar en un tema más concreto: la relación entre la democracia y los géneros literarios y la literatura en general.

Es sorprendente, habría que llamar la atención sobre ello, el cambio sobrevenido en el panorama de los géneros literarios griegos a fines del siglo VI y luego, sobre todo, en el V. Es un cambio que hay que poner en relación, pienso, con la evolución de la vida política y social de Atenas.

Me refiero a la práctica desaparición de la epopeya, de la que en la Atenas del siglo V sólo quedan producciones menores, y de la lírica, que fuera de Atenas continúa viva hasta, aproximadamente, la mitad del siglo V, pero que en Atenas es sustituida por esa nueva lírica dramática, mimética y dialógica que es el teatro. Ya se sabe: la tragedia nació en la época de Pisístrato y se desarrolló en la época de la democracia; la comedia nació sólo bajo ésta, a partir del 485. Y uno y otro género desaparecieron —quiero decir, en el caso de la comedia, desapareció el género directamente ligado a la vida política, la comedia antigua —cuando terminó el más brillante período de la democracia por causa de la derrota en la guerra del Peloponeso. Aunque Aristófanes sobreviviera algunos años produciendo piezas como son la *Asamblea* y el *Pluto*, de un carácter un tanto diferente.

No puede ser coincidencia esta simultaneidad entre la vida de ciertos géneros literarios y el régimen democrático de Atenas. Aunque pueda decirse que la tragedia comenzó su carrera en la época de la tiranía. Porque la tiranía de Pisístrato, es bien sabido, no hizo sino preparar el camino, sentar las bases para la democracia posterior. Redujo el poder de los nobles, mejoró la economía, convirtió a Atenas en una gran potencia de la que los ciudadanos todos estaban orgullosos, favoreció el culto de dioses populares como Dioniso y Deméter, creó las grandes fiestas populares cuya intención era unir a todo el pueblo de Atenas en la casa común de la ciudad, lejos de las antiguas discriminaciones de los nobles.

La creación de la tragedia entra dentro de este cuadro. Cuando se creó la democracia por un acuerdo de los nobles y el pueblo contra los tiranos lo único que varió del cuadro anterior es el nuevo sentido de autogobierno del pueblo, de libertad. Todo lo demás continuó; y continuó, sobre todo, la Tragedia.

No es cuestión de repetir aquí ideas sobre el origen de la misma que he expuesto en mi *Fiesta, comedia y tragedia*.² Para mí, fue un acto consciente que aprovechó la existencia de *comos* o compañías ambulantes que habían convertido en espectáculo la antigua lírica mimética, especializada en temas del mito heroico. Pisístrato y Tespis quisieron crear para sus fiestas un género de lírica que superara a todos los demás, y lo lograron. Era un género que, suplementado por el posterior de la Comedia, dio a Atenas, en el siglo V, el primado de la Poesía.

Pero son géneros, Tragedia y Comedia antigua, para nosotros Comedia aristofánica, que se comprenden mal o no se comprenden sin la existencia del régimen democrático. Su argumento procede, en un caso, como queda dicho, de la leyenda heroica; en el otro consiste en mitos «modernos» creados por los poetas sobre esquemas tradicionales, uniendo personajes de todos los días con otros del mito y otros de pura invención. En

los argumentos y en el aspecto formal —unidades literarias en que se organizan, vestuario, música— ambos géneros conservan mucho de tradicional. Pero lo nuevo, lo que los asimila al nuevo régimen, es la presencia constante del debate.

La antigua Lírica de un Píndaro o un Simónides se limitaba a dar su lección sobre la vida humana a partir de sucesos o circunstancias muy concretos: fiestas religiosas, victorias en los juegos, funerales. También la Tragedia da su lección: admira la grandeza del héroe, supremo representante de la acción humana, le llora en su caída, propugna una sociedad más humana, en la que prevalezca la *sophrosyne*. Pero lo característico es el juicio matizado y complejo, la multiplicidad de opiniones, el debate. Es el ambiente democrático el que, a escala mítica, aquí se reproduce.

Hay un ideal democrático en todo Esquilo, el de la democracia religiosa en que los dioses apoyan al que respeta sus normas: es lo que he querido hacer ver en mi libro. Y, también, que la tragedia toda es un género democrático. Y no sólo porque manifieste constantemente desconfianza ante el abuso de poder de un Agamenón o un Creonte, porque exponga las razones de los troyanos vencidos frente a los aqueos vencedores, porque, en Eurípides, tome tantas posiciones liberales. Es algo más profundo. Veamos más despacio.

En Esquilo, *Los Persas* presentan una ideología monolítica: están los persas, que representan tiranía y conquista, y los griegos, que son libres y se defienden. Los dioses apoyan a éstos, que triunfan: es la justificación de la democracia. Pero luego, ya en las *Suplicantes* y en los *Siete* y en el *Agamenón* y el *Prometeo*, comienzan las luces y las sombras. «¿Qué decisión está libre de males?», dice el rey Agamenón (*Agamenón* 411); y antes de obrar, Pelasgo consulta al pueblo. Es doble la imagen de Etéocles, de Agamenón, de Prometeo: son salvadores y liberadores, también violentos y egoístas. Ha de debatir con personajes que sostienen

otras opiniones y que a veces representan la justicia, a veces posiciones igualmente discutibles o rechazables.

Todos los problemas que interesan a una ciudad libre son presentados en escena. Los de la libertad y la tiranía, la conquista injusta y la defensa del propio país. El de los límites del poder, el riesgo de que éste vaya más lejos de lo debido, el del conflicto entre poder político y ley religiosa tradicional, y tantos otros. Ciertamente que entran también, a partir de un momento, problemas personales, individuales: pero los sociales y políticos tienen primacía. Basta abrir Esquilo y Sófocles para darse cuenta de ello.

Y son problemas que se reencuentran en Eurípides, donde aparecen también otros, a veces tocados ya antes: los de las relaciones entre hombres y mujeres, nobles y pueblo, espíritu racional y religioso, etc.

A veces se ha intentado definir de una manera cerrada y decisiva la ideología de un hombre tan abierto a todas las ideas como Eurípides. Sin negar que, evidentemente, tenía sus ideas, que más o menos adivinamos, lo esencial es que sus obras son una oportunidad para el debate de todas las posiciones, de todas las ideas que luchaban en la época. La tragedia era un segundo foro, junto al de la Asamblea y al del auditorio de sofistas y filósofos, para airear y debatir, aunque fuera con vestidura mítica, los mismos problemas.

Y, por supuesto, también la comedia aristofánica, que no sólo habla de ideas generales sobre el poder y la libertad, la antigua y la nueva educación, sino también de temas tan concretos como los jurados atenienses o la guerra y la paz. El que el poeta haga triunfar y favorezca unas u otras posiciones no impide, sino al contrario, que todas ellas encuentren en sus obras sus defensores.

Este tema del debate ideológico es el que crea una unidad entre los géneros literarios que nacen en Atenas o que en Atenas se adaptan a las exigencias de la ciudad. Es, probablemente, el que más contribuye a la unidad de la literatura ateniense.

Estos géneros, anticipamos, son tres. Un género nuevo: la filosofía de los sofistas y de Sócrates y sus inmediatos sucesores, hecha de la antilogía y el diálogo. Otro género también nuevo: la oratoria, que ahora produce discursos escritos. Y un género adaptado a las nuevas circunstancias: la historia de un Heródoto y un Tucídides.

La filosofía anterior a Atenas se caracterizaba por los escritos, bien poemas, bien tratados en prosa, en que el autor exponía directamente una doctrina. Parménides presentaba la suya como inspirada por la diosa; Heráclito, como expresión del *lógos*. Para uno y otro, los demás mortales estaban a un nivel más bajo: seguían la *dóxa* o estaban dormidos al *lógos*. Las filosofías helenísticas y el propio Aristóteles, incluso el último Platón, ofrecen posiciones comparables. Pero no la Filosofía ática.

Aquí he de hacer un inciso. El Teatro del siglo V y la Oratoria son géneros estrictamente atenienses, sólo ciudadanos atenienses (si hacemos excepción de un logógrafo como Lisias, que sólo por breve tiempo fue ciudadano ateniense) los han cultivado. Pero Filosofía ateniense es la que se cultivaba en Atenas. Desde el mismo siglo V, la democracia ateniense tuvo como característica propia el atraer a intelectuales de todos los países, que aquí encontraban el ambiente de libertad que precisaban. Continuaban el internacionalismo de los aedos y los líricos anteriores: pero ahora era Atenas el único polo de atracción.

¿Para qué recordar las patrias de los sofistas? Es bien sabido, ninguno era ateniense, tampoco Demócrito ni Diógenes

de Apolonia ni luego, en el siglo IV, filósofos como Aristipo de Cirene, Diógenes de Sínope, Aristóteles de Estagira, Teofrasto de Ereso y los más de los discípulos de Aristóteles, etc. Por otra parte, la Historia, un género jónico, fue adoptado en Atenas por obra de Helánico de Mitilene, Heródoto de Halicarnaso, Teopompo de Quios y Eforo de Cime, aparte de los atenienses Tucídides y Jenofonte. En el siglo IV, la Comedia está en manos, las más veces, de extranjeros como Alexis de Turios, Filemón de Siracusa o Dífilo de Sinope. También otros géneros: recordemos poetas como Ión de Quios o Eveno de Paros. Es este el panorama que continuó en los siglos III y II, sobre todo para la Filosofía y la Comedia.

Pero volvamos atrás. Atenas, con su régimen libre, su poderío económico también, atrajo a multitud de intelectuales de Jonia y de todos los lugares. Y así como el Teatro y la Oratoria son, como queda dicho, géneros eminentemente atenienses, cultivados por atenienses, estos otros géneros de la Filosofía y la Historia son géneros que sólo Atenas pudo hacer que se desarrollaran, pero que contaron con la estrecha colaboración de atenienses y no atenienses.

Por lo que respecta a los sofistas, los hechos son bien conocidos. Si la enseñanza de la Retórica a los jóvenes atenienses de casa rica sólo se justifica dentro del ambiente de la democracia de Atenas y la posición de Protágoras junto a Pericles habla en el mismo sentido, su relación con los nuevos géneros literarios que ahora se creaban es no menos clara.

No hay sino que pensar en una obra de Protágoras como las *Antilogías*, por no hablar de obras polémicas como *La Verdad* (también llamada *Discursos demoletores*) y otras de diversos sofistas, tales el *Sobre el No Ser* de Gorgias. O en las discusiones sinonímicas de Pródico. O en los cuadros que Platón nos presenta del sofista discutiendo con sus oyentes.

Los sofistas tienen su doctrina, pero la presentan siempre en forma polémica, de debate, y dan oportunidad al oyente o al contrario. En realidad, sus posiciones relativistas, derivadas del conocimiento de las diferentes culturas y usos, su tendencia a sustituir un concepto absoluto de verdad por otro relativo nacido del debate y buscando la utilidad práctica, pertenecen al mismo ambiente racional y pragmático, que busca un acuerdo en el debate gracias a la común participación de los hombres en los *lógos*, según la conocida afirmación del mito del *Protágoras*. De todo esto me ha ocupado con mayor detención en mi *Ilustración y Política*.

La doctrina del *kairós*, es decir, de la atención a las circunstancias y el punto de vista del receptor, así como toda la teoría lingüística de Gorgias, que he estudiado en otro lugar,³ se sitúan dentro de las mismas coordenadas. Es igual el criterio de la persuasión sin atender a criterios de moralidad (lo que tanto indignaba a Platón) y el criterio de lo simplemente verosímil. Y el hecho de las grandes discrepancias entre los sofistas: no es lo mismo la primera sofística, la sofística racional de un Protágoras, que la de un Gorgias, que proclama el dominio de la pasión y lo afectivo, ni la de un Calicles, el personaje del Gorgias platónico.

Es indudable el influjo de la sofística sobre la literatura ateniense. En realidad, fue Gorgias quien escribió la primera prosa ática, llena aún de colorido y ritmos poéticos, de figuras y «glosas». Su influjo tanto en Tucídides como en Isócrates, no puede negarse. Y Gorgias y los demás fueron los que suministraron los primeros modelos del discurso ficticio— a veces sobre temas intelectuales— y del antilógico.

Por grandes que sean las diferencias con Sócrates, al que Platón presenta como la antítesis misma de los sofistas, es evidente que había mucho de común y que, sin los sofistas,

Sócrates no habría existido; como sin Sócrates no habrían existido Platón y los filósofos que vinieron detrás. Mucho les es común: el nuevo interés por los problemas humanos, la fe en el *lógos*, la aceptación del debate.⁴

No voy a entrar aquí en detalle sobre las diferencias, aunque es claro que, por la vía de la razón, Sócrates trataba de sentar nuevos valores morales fijos, que sustituyeran a los desgastados valores tradicionales o bien los redefinieran. De otra parte, Sócrates se movía en un ambiente democrático de libre debate, formaba parte del pueblo, no de una *élite* internacional. Y en un trabajo recién publicado sobre la lengua de Sócrates⁵ he hecho ver que su manera de expresarse y conversar, su rechazo de los géneros literarios tradicionales, le colocaban una vez más en ese mismo ambiente.

En realidad, Sócrates rechaza la literatura, se limita a conversar sobre temas varios. Son sus continuadores los que, a partir de aquí y no sin influencia del teatro, crean el diálogo como género. Es ya un fragmento de conversación claramente organizado con una finalidad: es decir, es ya literatura.

Es bien sabido que la filosofía socrático-platónica luchaba con dos rivales cuando trataba de educar al pueblo ateniense. Uno de ellos era la poesía, es decir, prácticamente el teatro, que daba lecciones al pueblo todo, pero no acababa de proponer un modelo aceptable que superara la concepción trágica del hombre; y la concepción cómica. A más de pasajes bien conocidos de la *República*, esta antinomia está expresada con especial claridad en el *Banquete*. El otro rival, es bien sabido, es la retórica, que Platón personifica en Gorgias. Para nosotros esta retórica de que Platón habla es fundamentalmente la sofística, en cuanto relativista y en cuanto impartiendo preparación a los jóvenes atenienses para alcanzar el poder sin atender al problema de la moralidad.

Pues bien, la filosofía socrático-platónica no deja de haber recibido una fuerte influencia de esos dos rivales. Sin ellos sería incomprensible. Y ello lo mismo en la forma —ciertos diálogos son, en el fondo, tragedias o comedias intelectuales, ya he hablado de la relación con el debate sofístico— como en el fondo. Después de todo, son tres géneros literarios condicionados por las circunstancias de la democracia ateniense.

El punto común que les une es la preocupación por los problemas de la ciudad y de la sociedad, también del hombre individual, y la discusión libre de esos problemas. Desde unos puntos de vista o desde otros, con unas conclusiones o con otras. Incluso cuando hay un desengaño respecto a la democracia, que Eurípides ve con escepticismo a partir de un determinado momento, que Platón rechaza abiertamente.

El tercer género «democrático» de que anticipadamente hemos hablado es la oratoria. Digamos, sobre él, unas palabras más. Es, realmente, el que más directamente, más institucionalmente, se ocupaba de la educación del pueblo ateniense, de la toma de decisiones en momentos concretos. Está anticipado, por lo demás, por ciertas elegías y yambos de Solón, el primer fundador de la democracia ateniense, que son verdaderos discursos al pueblo en relación con la reconquista de Salamina o el buen gobierno o la justificación del propio Solón. Pero no había llegado el momento, entonces, de escribir todo esto en prosa, como se haría más tarde.

La oratoria es el arma política por excelencia en Atenas y lo es también en todas las democracias, antes de difundirse los medios de comunicación de masas. Nació en Siracusa bajo un régimen democrático, a partir del 468 a.C.; y es en este ambiente en el que Corax y Tisias crearon las primeras «Artes» retóricas. En Atenas sabemos por testimonios indirectos algo sobre la oratoria de Pericles; pero sólo en el último período del siglo V y bajo la influencia de la retórica de Gorgias, otro

siciliano, comenzaron a escribirse los discursos. Son atenienses, ya decimos, todos los oradores: en la Asamblea y el Consejo, donde se debatían asuntos políticos, y en la Heliea, dedicada a los asuntos judiciales.

Pues bien, la oratoria, que nace con la democracia, muere con ella, con Licurgo, último orador antes de la definitiva sumisión de Atenas a los macedonios. Luego no hay oratoria. Resurge en Roma con la república romana, muere con el imperio. Es el arma, otra vez, de la revolución francesa, del parlamentarismo inglés, de los regímenes liberales. Pero volvamos a Atenas.

Hay que comprender la oratoria como antilogía, como debate: sólo así lograremos penetrar en ella, por más que raras veces nos hayan llegado los dos discursos contrapuestos. Podemos verlos, además de en lo que adivinamos de los sofistas y en los historiadores, de los que hablaremos a continuación, en los debates del teatro. Y no sólo allí donde éste imita la praxis de la oratoria: la de la Asamblea en Aristófanes, *Acarnienses* y *Asamblea*, la de los tribunales de Esquilo, *Euménides*, y Aristófanes, *Acarnienses* y *Avispas*. También, y muy principalmente, en los debates del teatro en general. Tragedia y Comedia están llenas de *agones* y, concretamente, de *agones* en que dos personajes enfrentados sostienen posiciones también enfrentadas.

Pero nótese que la oratoria no se agota en los discursos de tipo político y forense aquí mencionadas, ni en los discursos relativos a Helena, Palamedes o el mismo Nicias. Existe, en Isócrates sobre todo, la oratoria epidíctica, en la que se discute temas generales: sobre cómo debe funcionar una democracia o sobre las relaciones entre los griegos, por ejemplo. Pues bien, este género de debates había sido anticipado, desde luego, por sofistas y filósofos, pero también por los autores teatrales.

Nótese que hay un desfase cronológico. El teatro que aquí nos ocupa (dejamos voluntariamente de lado la comedia media y nueva), los sofistas, Sócrates, son del siglo V. La oratoria, en cambio, salvo la de los últimos años del siglo V, sólo es para nosotros la de la democracia restaurada de siglo IV, cuando convivía con Platón y con otras escuelas socráticas. El panorama es diferente en los dos siglos, aunque los lazos de unión sean evidentes.

En otro lugar ⁶ he hecho ver que no existe en Atenas una verdadera teoría política, como un género propio, hasta muy tarde, en realidad, después de la derrota de la democracia a fines del siglo V. Antes la teoría política —en el más amplio sentido— se expone y debate en diversos géneros literarios, como estamos viendo. Lo que les une es, precisamente, el debate de este tipo de problemas. ⁷

Y también querría hacer ver que es esto mismo lo que une a todos estos géneros con otro ya anticipado: la Historia. Es bien claro que es un género de origen jónico. Y que en Heródoto conserva muchas de sus características iniciales: el interés etnográfico y geográfico, el gusto por las curiosidades de tierras extrañas y las anécdotas, el personalismo, la aducción de mitos etiológicos en que cree más o menos. Pero Heródoto es un exiliado que llega a Atenas y se encuentra con la democracia ateniense y con la literatura ateniense. Es contagiado por el espíritu de la Tragedia, a la que está próximo con frecuencia. Pero es contagiado, sobre todo, por el espíritu de la democracia.

Bajo el influjo de Atenas se crea un nuevo género, la Historia Universal. Heródoto, como los sofistas, ha recorrido el mundo y no es un proateniense fanático. Conoce las excelencias de unos pueblos y otros, es relativista en un cierto sentido. Admira a los espartanos y a los atenienses, ve en éstos cosas comunes con aquéllos, pese a todo: principalmente, el respeto por la ley. Pero lo más interesante, desde el punto de vista que

aquí nos interesa, es su postura abierta y su admisión del debate y aun de la incertidumbre y de una cierta ambigüedad en los valores.

Es frecuente en él, y esto se ha visto muchas veces, que dude sobre la verdad o la explicación de ciertos hechos y presente versiones contrapuestas, sin tomar partido. Esto es claro, por ejemplo, en el mismo capítulo inicial sobre las causas del enfrentamiento de Asia y Europa y en diversos pasajes del libro II, sobre Egipto.

Pero, sobre todo, esto abre paso a debates que no son disímiles de los que ya conocemos por el Teatro y la Filosofía. Así, sobre todo, el famoso debate de los tres persas (III 80-83) sobre cuál es la mejor forma de gobierno: un debate que, sin duda, deriva de discusiones en los círculos sofisticos de Atenas, como se ha visto muchas veces. Pero tenemos luego otros debates del máximo interés, por ejemplo, los de Solón y Creso (I 29 ss.), Bias, Pitaco y Creso (I 27), el Consejo de Jerjes que delibera sobre la conveniencia o no de invadir Grecia y los peligros que ello representa (VII 7 ss.)

A partir de un cierto momento, en Atenas, la Historia, por obra de Tucídides, se centra más todavía en los temas políticos y militares, con exclusión de los otros. Adopta una postura crítica sobre lo realmente sucedido. Con un método racional, pero con conclusiones escépticas, a veces, sobre la posibilidad de llegar al establecimiento de la verdad: igual que en Heródoto, en Gorgias, en Antifonte. Véase lo relativo a la derrota ateniense en las Epístolas de Siracusa, por ejemplo (VII 44).

Pero, sobre todo: en Tucídides hallamos la más clara expresión tanto del diálogo como de los discursos antilógicos sobre tema político. El diálogo a que aludo es, se habrá comprendido, el de melios y atenienses sobre la moralidad de invadir la pequeña isla y el resultado previsible (V 85 ss.): los

atenienses rechazan, como se sabe, la idea de que los dioses defenderán a los débiles injustamente atacados. Los debates antilógicos son múltiples y bien conocidos.

En Esparta, en Atenas, en otros lugares, antes de tomarse una decisión, se escuchan los discursos contrapuestos que defienden las posiciones enfrentadas. La Asamblea o el cuerpo que sea decide; o bien el éxito o fracaso del plan adoptado hace sentir qué era lo correcto y acertado (no digamos lo justo). En todo caso, ahí tenemos, una vez más, la exposición de un debate: aunque Tucídides, podemos sentirlo a veces con claridad, es con frecuencia escéptico respecto a la capacidad de juicio de los árbitros establecidos por la democracia. Para él la justicia sólo triunfa en situaciones de igualdad; y la pasión y falta de conocimiento lleva a decisiones nocivas. Pero esta es, ya decimos, otra cuestión.

Estos son, en definitiva, los géneros literarios que la democracia ha creado o desarrollado o transformado. Su fin fue acompañado, a su vez, de una desaparición o transformación de los mismos. La Tragedia, ya se sabe, terminó su carrera a fines del siglo V. Si luego volvió a existir en Alejandría, fue en condiciones distintas, más bien como obra para ser leída. La comedia se transformó. La Filosofía abandonó el diálogo, que ya al final de la carrera de Platón era pura ficción, encubría afirmaciones del filósofo: tras una continuación puramente literaria al comienzo de la carrera de Aristóteles, desapareció en éste, sustituido por el tratado filosófico, con lo que en realidad se enlazaba con la época precedente. A su vez, la Oratoria desapareció, ya lo hemos dicho. Y la Historia continuó, pero ya no siguió cultivando los discursos contrapuestos, los debates.

Y todo esto gradualmente: unos son los géneros del siglo V, otros, en parte, los del IV. Cuando la democracia desapareció, el panorama de los géneros literarios cambió totalmente. Todo

lo más, como herencia de lo antiguo, Atenas continuó siendo la ciudad de los filósofos y de los cómicos, casi todos extranjeros. El gran debate entre los primeros era casi ajeno a la ciudad; y los cómicos cultivaban temas de la vida privada, de amor y matrimonio sobre todo. En todo caso, los extranjeros seguían viniendo a aprender: y Comedia y Filosofía encontraron su continuación en Roma. Hermosa herencia de la democracia, a pesar de todo.

Por otra parte, la literatura griega helenística y su continuación en la literatura romana buscaron enlazar con la antigua literatura, la anterior a la época democrática. Renacieron, bajo nuevas formas, la Epopeya y la Lírica; ésta última gradualmente, los lesbios sólo en Roma fueron imitados, Píndaro en ninguna parte. Ya hemos dicho que la Filosofía cobró un nuevo estilo, más dogmático, en las diversas escuelas. El tipo del *sophós* que difunde su doctrina, prevaleció otra vez sobre el del mero buscador de sabiduría. El tratado se impuso al diálogo.

Fue importante, pues, el impacto de la democracia en los géneros literarios: esto se ve por los que se crearon o modificaron y por los que desaparecieron; y por la continuidad de todo ello en época helenística.

Pero queríamos todavía, en relación con todo esto, tratar otro tema. Los géneros literarios de que nos hemos ocupado daban lugar al debate democrático sobre una serie de temas a que hemos aludido. Pero, a partir de un cierto momento, prestaron lugar a las voces que debatían precisamente los problemas de la democracia, su triste final a fines del siglo V, aunque fuera seguido de una provisional resurrección en el IV.

La situación de Atenas, a fines del siglo V y comienzos del IV, era triste. Sin murallas, sin barcos, tiranizada por un régimen colaboracionista, el de los Treinta Tiranos, en plena crisis económica, todo ello tras la pérdida del imperio y la guerra

civil, cundía el desánimo entre los ciudadanos, así como el desinterés por la política: el demagogo Aguirrio hubo de instituir un salario que se pagaba al que asistiera a la Asamblea. Surgió entonces la reflexión política sobre si la democracia desaparecida podría ser sustituida por un régimen más satisfactorio.

En realidad, la democracia del siglo IV trató de ser eso: un régimen menos extremista que sustituía una Liga de tipo imperialista por otra, la Segunda Liga Marítima, de tipo federativo. Leyes como la inspirada por Demóstenes sobre las simonías trataban de paliar los problemas económicos. El desinterés de los ciudadanos por la cosa pública llevaba a la contratación de mercenarios y a las exhortaciones patrióticas de un Demóstenes.

Pero pasamos al terreno de la teoría. Las diversas propuestas eran las que a continuación presentamos.

Hay las soluciones radicales, que quieren aplicar reformas económicas de tipo igualitario. Son las que propugnaban en sus escritos Jenofonte (*Peri póron*), Faleas, Teopompo de Quios, Hecateo de Abdera: el modo de expresión es ya el tratado, ya la novela. Se trata, en definitiva, de utopías, como las presentadas por Aristófanes (*Asamblea y Pluto*) y por el propio Platón en su *República*. No hay intentos revolucionarios, si no es el de los platónicos en Siracusa (más tarde los hay en Esparta). Aquí lo que nos interesa es la existencia de una preocupación general, de una búsqueda de una reforma radical, al menos una reforma teórica, que se expresa en géneros literarios diferentes.

Igual ocurre con otra posición que me ha ocupado en varios trabajos míos anteriores: la propuesta de una política pragmática, que trate de resolver prácticamente los problemas humanos. Este es el ideal de Tucídides, que más que un

historiador es, como él mismo dice, un estudioso de la naturaleza humana, alguien que trata de dar a los políticos fórmulas paralelas a las de los médicos para buscar las soluciones correctas, racionales, y, al tiempo, no agravar los problemas. Curiosamente, este manual toma la forma de un relato histórico.

Pues bien, con todas las diferencias que se quiera, Aristóteles, en su *Política*, hace propuestas semejantes. Ha descubierto algo importante que a Tucídides, obsesionado con el tema del ansia de poder de los hombres, se le escapa: la importancia del factor económico, que ya antes habían considerado Faleas y los demás. Para Aristóteles lo importante es evitar una desestabilización procedente de las diferencias económicas excesivas entre dos grupos de ciudadanos; crear una constitución mixta más que un régimen en que se impongan automáticamente las mayorías. Pues bien, esta vez es el tratado la forma de expresión.

Y tenemos luego el ideal del restablecimiento de la *pátrios politeía*, la vieja democracia de Solón sometida a un proceso de idealización. Era aquél el tiempo, se decía, en que los ciudadanos se contentaban con vivir pobremente y con prestar sus servicios desinteresados al estado, no pedían nada para sí. Pues bien, esta vez es el discurso (*Panatenaico, Areopagítico*) el género literario empleado.

Finalmente, ahí está la reforma moralista de Platón, desengañado, como él mismo dice, de todos los políticos de Atenas, queriendo formar, a partir de cero y con la sola guía de la razón, una constitución adaptada a la naturaleza del hombre, duradera, inmutable. Una constitución cuya única finalidad es la moralidad, que es cosa tanto del individuo como del estado. Moral y política coinciden. Es la disolución de toda política, la renuncia definitiva a ella.

Al menos en la intención. Porque, en la práctica, se crea una clase dominante, la de los filósofos; se crean unas leyes que hay que obedecer si no se quiere incurrir en diversas penas, incluso la de muerte; los intereses generales son más fuertes que los particulares, incluso para los filósofos. Una especie de aristocratismo intelectual sustituye al democratismo. Pero, para volver a nuestro tema, insistamos en que la forma elegida para presentar esta teoría es diferente de las anteriores: es el diálogo, aunque sea un diálogo menos dramático que los anteriores, en realidad mera cobertura aparente del tratado, de la manifestación directa de las ideas del filósofo.

¿Cuál es la conclusión de todo esto? Lo mismo que la libre discusión dentro del régimen democrático entre las distintas concepciones de éste se desarrolla a lo largo de géneros diferentes, en el momento de la crisis de la democracia se utilizan, igualmente, géneros diferentes para exponer las distintas propuestas de salvación.

Así, por más que yo siempre haya defendido la importancia de seguir el criterio de los géneros literarios para estudiar la literatura griega, parece evidente que en la Atenas de los siglos V y IV hay diversas líneas que los atraviesan y los unen. Que la democracia ha contribuido a la creación o a la refección de algunos de ellos, pero que a través de ellos atraviesan líneas comunes, concordes con la sociedad democrática. Fundamentalmente, el interés por los temas humanos —políticos, sociales, individuales— y el debate sobre las distintas posiciones acerca de ellos. Y cuando llega el momento de la crisis de la democracia, también el debate en torno a ella se realiza a través de géneros literarios diversos.

Como sucede cuando, en la edad posterior, el alejamiento de los ciudadanos respecto a la democracia y la política en general es cada vez más grande. Encontramos para expresar esto ya las cartas, máximas, tratados de los epicúreos, ya los

diálogos, diatribas de los cínicos, ya los tratados de los peripatéticos, los estoicos y de otras escuelas, ya la comedia. O el simple alejamiento y el cultivo ya de la ciencia, ya de la poesía.

El teórico vive ahora desinteresado de la política, huyendo de ella en algunos casos como el de Aristóteles. Es el gran estorbo. Cuanto más, es objeto de consideraciones teóricas que no intentan imponerse en la práctica. Es notable cómo las realizaciones políticas de la edad siguiente no fueron adivinadas nunca por estos teóricos.

Con esto terminamos. Pero no queremos hacerlo sin tocar un último tema, en estrecha conexión con el que nos ha ocupado hasta ahora.

Es este: ¿hasta qué punto tienen relación los diferentes géneros literarios, en cuanto a autores y audiencia, con las distintas opciones políticas y con las diferentes clases sociales? Acostumbrados a nuestra historia moderna y contemporánea a partir de la Revolución Francesa, la respuesta parece que debería ser positiva.

Pero la democracia ateniense y sus políticos y teóricos buscaba, lo hemos dicho algunas veces, la estabilidad más que el progreso; aunque desde luego hubo tensiones entre tendencias más tradicionales y otras más igualitarias. No hubo ningún grupo intelectual de presión que abogara por una evolución igualitaria de la democracia ni tampoco por una revolución oligárquica.

El Teatro se dirigía a todos los atenienses, no a un sector; e igual la Oratoria. El auditorio de Sócrates procedía de todos los niveles sociales y suponemos que igual el de los sofistas, en la medida en que no era limitado por razones económicas: era, en todo caso, un auditorio de alto nivel social. Ni hay razones para encontrar que la Historia se dirigiera a un sector particular de la población.

A su vez, los autores literarios raramente pertenecían a los círculos oligárquicos: Critias y Antifonte pueden ser excepciones. Ni se encuentra en ellos ningún radicalismo revolucionario, ni siquiera en un Lisias, el más violento contra los aristócratas por razones de su biografía. Los más son, de otra parte, de clases industriales o burguesas, apenas del pueblo: el que más se acerca a ésta última definición es Sócrates, hijo de un artesano. Otros son extranjeros, ya hemos dicho.

Ni los géneros ni los autores ni el público se escinden conforme a líneas ideológicas. Dentro de cada género hay, naturalmente, diferencias: no es igual Esquilo que Sófocles o que Eurípides, Demóstenes que Esquines, Sócrates que Platón. Pero todos, hasta el momento del desengaño y la crisis, que luego fue de alguna manera recompuesta durante el siglo IV, son, simplemente, atenienses: en línea más o menos religiosa o ilustrada, más o menos tradicional.

No hubo en Atenas un movimiento ilustrado que preparara la revolución, como en la Francia del siglo XVIII o en la Rusia del XIX y el XX, por no dar ejemplos más recientes. Los géneros varían según las épocas, los autores presentan diferencias. Pero, en definitiva, dentro de los géneros y saltando las barreras entre ellos y en el mundo de la práctica política, Atenas presentaba en el siglo V y aún en el IV, pese a todo, una homogeneidad muy fuerte.

En otros lugares he sostenido la idea de que las tensiones dentro de la democracia ateniense eran salvables, que sólo su complicación con una guerra internacional y una guerra civil interna precipitó su caída. ⁸ Como en el siglo IV, sucedió que el modelo de ciudad-estado estaba agotado y no podía competir con una nueva potencia de otro tipo como era Macedonia.

Todo esto viene a llevarnos a una idea bien evidente y, sin embargo, raramente seguida en exposiciones tanto de la Historia como de la Literatura o la Filosofía griegas: no puede hacerse

un tratamiento parcial de estos campos. Sin atención a los hechos políticos y sociales no podemos comprender nada de la Literatura. Creemos que, en lo relativo tanto a los géneros literarios como a los contenidos de los mismos, nuestra exposición da argumentos a favor de esta idea. Y, de otra parte, como ya hice ver en *Ilustración y Política* hace muchos años: no es posible estudiar el pensamiento griego sin estudiar al tiempo lo que se llama literatura griega.

La antigüedad es un todo y los especialistas que la parcelan, corren el riesgo de no comprender nada. Aquí hemos intentado, aunque sea sumariamente, un tratamiento complejo, de conjunto, de todos estos campos en torno a estos dos motivos: democracia y géneros literarios. Comprendiendo dentro de este último enunciado tanto lo que convencionalmente se califica de Literatura como lo que se califica de Filosofía.⁹

NOTAS

1. Madrid, Revista de Occidente, 1966 (hay una reedición abreviada con el título *La Democracia ateniense*, Madrid, Alianza Editorial, 1975, con varias reediciones).
2. Madrid, Alianza Universidad, 1983 (2ª ed.). Hay traducción inglesa con el título *Festival, Comedy and Tragedy*, Brill, Leiden, 1975.
3. Cr. mi trabajo «La teoría del signo en Gorgias de Leontinos», en *Logos Semantikos. Studia linguistica in honorem Eugenio Coseriu*, Madrid-Berlín-New York, Gredos de Gruyter, I, 1981, pp. 9-19.
4. Cr. *Ilustración y Política* cit., p. 507 ss.
5. «La lengua de Sócrates y su filosofía», *Méthexis* 5, 1992, pp. 29-52 (recogido en *Palabras e Ideas*, Madrid, Ediciones Clásicas, 1992, pp. 251-278).
6. «Littérature et société à la fin de la guerre du Péloponnèse», *Index* 17, 1989, pp. 5-10.
7. «La teorizzazione della *politéia* nella Grecia classica durante il periodo delle egemonie», en *Fra Grecia e Roma*, Roma, Istituto della Enciclopedia Italiana, 1980, pp. 41-53 (recogido en versión española en *Palabras e Ideas*, cit., pp. 439-461).
8. Entre otros lugares, en el ciclo de conferencias sobre «Historia, Política y Sociedad en la Grecia clásica» impartido en la Universidad Nacional Autónoma de México en Febrero-Marzo de 1992.
9. Cf. *Ilustración y Política* cit., p. 26 ss.